

EDITORIAL

Violencias, memorias e intervención social ¿En qué contexto se entrelazan y adquieren sentido estas tres categorías?

Alba Nubia Rodríguez Pizarro*
Liliana Patricia Torres V´ictoria**

Esta triada de conceptos remite de manera ineludible a los procesos de conflicto y violencia que vive y ha vivido Colombia de manera continua a lo largo de su historia.

Violencias m´ultiples que han sido denominadas y caracterizadas de diversa manera: guerras civiles ocurridas en el siglo XIX, Violencia Pol´itica (partidista) de la primera mitad del siglo XX, violencia insurgente desde mediados del siglo XX a la actualidad, violencia paramilitar, violencia por bandas criminales, entre otras que son innumerables. Como plantea P´ecaut “la violencia aparece como una sucesi3n de configuraciones complejas e inestables” (2013: 14). Las violencias han sido m´ultiples, como tambi3n sus actores y los intentos institucionales y no institucionales de analizarlas e intervenirlas para superarlas.

La comisi3n investigadora de las causas de la violencia pol´itica (1948-1953), integrada por Otto Morales Ben´itez, Orlando Fals Borda y el sacerdote Germ´an Guzm´an, estableci3 que en este periodo de Violencia hubo 200.000 personas asesinadas y desaparecidas; hasta hoy, no se ha sabido qu3 pas3 con los desaparecidos, ni qui3nes promovieron, desde los distintos poderes locales, regionales y nacionales, las masacres en los departamentos del Valle del Cauca, Cauca, Meta y Tolima, entre otros.

* Antrop3loga, Mag´ister en Sociolog´ia, Ph. D. en Sociolog´ia. Docente de la Escuela de Trabajo Social y Desarrollo Humano de la Universidad del Valle (Colombia). Integrante del grupo de investigaci3n Sujetos y acciones colectivas. Correo electr3nico: alba.rodriguez@correounivalle.edu.co

** Trabajadora Social, Mag´ister en Estudios Pol´iticos, Ph. D. en Humanidades. Docente de la Escuela de Trabajo Social y Desarrollo Humano de la Universidad del Valle (Colombia). Coordinadora del grupo de investigaci3n Sujetos y acciones colectivas. Correo electr3nico: liliana.torres@correounivalle.edu.co

Bajo ese estado de indolencia, muchos campesinos y labriegos también dejaron sus parcelas para huir a las ciudades.

En 1987, con el fin de analizar y superar la aguda violencia que vivía nuevamente el país, se creó la Comisión de Estudios Sobre la Violencia, integrada por un grupo de destacados académicos,¹ quienes plantearon que la violencia en Colombia tiene múltiples expresiones que no excluyen, pero sí sobrepasan la dimensión política. Hunde sus raíces en las propias características de la sociedad colombiana, y no solamente la ejercen los pobres —muchas veces como expresión explicable, cuando no legítima, de una rebeldía— sino que también contra ellos se ejecuta sistemáticamente (Sánchez, et al., 1989:17).

Las cifras sobre víctimas de la violencia han sido alarmantes. En febrero de 2014, la Unidad de Víctimas registró que desde 1984 ha habido seis millones de víctimas del conflicto armado que ha vivido Colombia en los últimos treinta años. De esos seis millones, 5.4 millones son víctimas de desplazamiento forzado, lo cual no quiere decir que no hayan otras terribles afectaciones, como son: más de 130.000 amenazados, cerca de 75.000 que perdieron algún bien, más de 90.000 desaparecidos y sus familiares, más de 21.000 secuestrados, casi 55.000 víctimas de algún tipo de acto de terrorismo, cerca de 95.000 homicidios y más de 540.000 personas afectadas por el asesinato de un ser querido, 10.500 víctimas de minas antipersonas, 6.500 casos de tortura, casi 7.000 de reclutamiento forzado de niños y 4.000 casos de violencia sexual componen la radiografía del padecimiento que ha compilado la Unidad de Víctimas (revista *Semana*, febrero 8 de 2014).²

En el informe de la Comisión Nacional de Memoria Histórica titulado *Basta ya. Memorias de guerra y dignidad*, publicado en el año 2013, se plantea que “entre 1958 y el 2012 murieron 200.000 personas como consecuencia del conflicto armado”. Si bien esta cifra, como las citadas en párrafos anteriores, son aterradoras, lo es más la demostración de la continuidad de la guerra y la afirmación que se hace en este informe:

¹ La Comisión estuvo integrada por Jaime Arocha R., Álvaro Camacho G., Darío Fajardo M., Álvaro Guzmán B., Gral. (r) Luis Alberto Andrade A., Carlos Eduardo Jaramillo, Carlos Miguel Ortiz S., Santiago Peláez V., Eduardo Pizarro L. Coordinador de la Comisión: Gonzalo Sánchez G.

² Revista *Semana* (2014). Seis millones de víctimas deja el conflicto armado en Colombia. En línea <http://www.semana.com/nacion/articulo/victimas-del-conflicto-armado-en-colombia/376494-3>

“180.000 de esos muertos (81%) eran civiles. La guerra colombiana no ha sido una guerra de combatientes, sino que todos han enfocado sus fusiles contra quienes están desarmados. A veces de manera colectiva, con masacres, pero la mayor parte del tiempo de manera selectiva a través de sicarios o comandos que actúan rápido y casi siempre sin dejar huella” (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013: 23).

Frente a este desolador panorama, en el que el conflicto y la violencia han prevalecido, no podemos olvidar y desconocer los múltiples procesos de resistencia desarrollados en diversos lugares del país por distintos grupos sociales (indígenas, afrodescendientes, campesinos, mujeres, organizaciones sociales comunitarias urbanas, acciones colectivas, entre otros) que han reclamado por la justicia y la realización de derechos, y han creado procesos organizativos para anteponerse a la devastación y la impunidad, mostrando que en contextos de violencia las personas hacen rupturas para volver a constituirse como sujetos.

De igual manera, históricamente se ha intentado explicar las causas de la violencia y el conflicto, con el fin de superarlas. No obstante, consideramos que nunca antes como ahora las víctimas y sus construcciones de sentido sobre lo sucedido habían tenido tanta importancia en los diversos procesos, entre ellos los de explicación y superación de la violencia.

Actualmente se reconoce, desde diversos actores e instancias, que sin procesos de verdad, justicia, reparación y reconstrucción de memorias no es posible pensar en la negociación y salida política al conflicto y a la guerra de “larga duración” que hemos vivido y que ha implicado los ámbitos políticos, económicos y socioculturales, así como la vida pública y privada familiar de los colombianos, es decir, que ha comprometido todo el ordenamiento social.³

Es aquí donde la recuperación de la memoria adquiere una importancia de primer orden en la intervención en violencia y conflicto. Sin embargo, es fundamental reconocer el carácter plural de la memoria, como lo planteó Gonzalo Sánchez:

³ Pécaut (2013) identifica en la dimensión política actores como las guerrillas, los militares y los paramilitares; en la dimensión económica, fundamentalmente los actores que emergen alrededor de la economía de la droga, y en los procesos sociales y culturales las distintas formas en que la población colombiana decide protestar y organizarse. Claro está, teniendo en cuenta que “todos los protagonistas intervienen simultáneamente en estas tres dimensiones” (p. 34).

Hay personas cuyas memorias se quedan confinadas al ámbito privado. Hay otras que hacen de la memoria una militancia, convertida a menudo en resistencia. Hay quienes, en respuesta al agravio, acuden a la memoria como una propuesta de transformación de la realidad. Pero hay quienes se anclan en memorias sin futuro, aquellas que toman la forma extrema de la venganza, que en un escenario de odios colectivos acumulados equivale a negar la controversia y la posibilidad de coexistir con el adversario. Significan la negación radical de la democracia (2013:20).

Es fundamental reconocer que en esa pluralidad de memorias no hay memorias buenas ni malas, y que tenerlas en cuenta no debe conllevar a reconstruir una historia de buenos y malos, sino recurrir a la memoria como lo ha planteado Mate (2006), para que esta “permita detectar aspectos nunca vistos de la realidad”. Es decir, “la memoria trae aspectos, experiencias y vivencias del pasado que no pueden estar ausentes de la construcción del presente. Esto es, no restauración del pasado, sino creación del presente con materiales del pasado”. Ahora bien, al respecto, Mate se pregunta de qué pasado se habla, y establece dos tipos de pasado: *“uno que está presente en el presente y otro que está ausente del presente. El pasado vencedor sobrevive al tiempo ya que el presente se considera su heredero. El pasado vencido, por el contrario, desaparece de la historia que inaugura ese acontecimiento en el que es vencido”* (2006:45 cursivas agregadas). La memoria, en cualquier caso, tiene que ver con el pasado, pero lo importante no es que la memoria se ocupe de ese pasado, sino cómo lo trata, cómo lo entiende, cómo lo trae al presente (en Rodríguez Pizarro, 2011:41).

La memoria permite narrar los hechos del pasado desde el presente, y en ese narrar lo pasado (la violencia qué paso) es posible coincidir con la historia o contradecirse con ésta y mostrar perspectivas muy diferentes sobre los hechos. Historia y memorias son dos mecanismos sociales para explorar el pasado. La primera se ubica en el orden del conocimiento de los hechos, es decir, se sustenta en el conocimiento, mientras la memoria alude a la experiencia, a lo vivido, sufrido y representado por las personas. En términos de Halbwachs (2004), la historia comienza cuando acaba la memoria. Así, podemos plantear que memoria e historia son dos formas de

aludir al pasado de forma distinta. La primera involucra la experiencia, el sentimiento de quienes han vivido o sufrido la experiencia, y la segunda es la narración institucionalizada de ese pasado. En este orden, hablar de memoria histórica pone en relación la fuerza social de la memoria con los hechos.

1. Sobre la intervención y la memoria histórica

El concepto de intervención ha sido ampliamente debatido en las distintas disciplinas sociales y humanas; no es un objetivo de primer orden en este escrito aludir a esos debates, sólo queremos argumentar que sin procesos de memoria histórica no es posible realizar acciones para superar la injusticia, la violencia y la impunidad en contextos de intenso conflicto y violencia.

Entendemos la intervención social como las acciones sociales y profesionales que la sociedad occidental ha realizado en sus distintas etapas y procesos para atender las necesidades o problemas sociales, de tal forma que se logren transformar las condiciones y situaciones inaceptables para los seres humanos que constituyen la sociedad. Estas acciones pueden ser realizadas por las instituciones sociales o por organizaciones sociales.

De acuerdo con Orlando Fals Borda, el campo de la intervención está orientada por seis componentes principales: 1) Propósitos de la intervención; 2) sujetos que intervienen; 3) sujetos que son intervenidos; 4) recursos movilizados; 5) estrategias de intervención; y 6) contextos de intervención (Mejía, 2012:20).

En contextos de intenso conflicto y violencia, la memoria histórica permite reconstruir la historicidad de los hechos de violencia y la construcción de sentido que las víctimas hacen sobre los mismos. Como lo ha planteado el Centro Nacional de Memoria Histórica, además permite identificar los responsables y las responsabilidades por esos hechos, los diversos daños causados a personas, lugares y bienes, y las pérdidas y cambios en personas, colectivos y lugares; permite también escuchar distintas historias de los diversos actores, lo cual pone en el escenario

“las distintas fuerzas que pugnan por la construcción y el monopolio de la verdad” (Mejía, 2012:21). De esta manera, los procesos de construcción de memoria se constituyen en un ejercicio complejo y de gran desafío tanto para los propósitos de la intervención como para los sujetos que intervienen y son intervenidos. Como bien lo plantea Álvaro Camacho, “la memoria se constituye no sólo en un recuerdo o un relato: es un campo de combate en donde la pluralidad de memorias pugnan en torno a las experiencias y las pretensiones de verdad” (en Mejía, 2012:21). No obstante, hoy las víctimas que en periodos anteriores fueron ignoradas se constituyen en un actor social de resistencia y construcción frente a la violencia, y portador de múltiples exigencias al Estado, asuntos que desafían y retan tanto a los sujetos que intervienen como a las estrategias de intervención.

Trabajar en la conceptualización y acción que permita conjugar violencia, memoria e intervención es un desafío en el que los artículos publicados en este número plasman algunos trazos.

2. Referencias bibliográficas

- Centro Nacional de Memoria Histórica (2013). *Basta ya. Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: D.P.S.
- Halbwachs, Maurice (2011). *La memoria colectiva*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Mate, Reyes (2006). Memoria e historia, dos lecturas del pasado. *Revista Letras Libres*. Asociación de Revistas Culturales de España (ARCE), Madrid, en línea, disponible en www.letraslibres.com
- Mejía, Carlos (2012) (comp.). *Sociedad, intervención social y sociología*. XI Coloquio Colombiano de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales y Económicas, Universidad del Valle, Cali.
- Pécaut, Daniel (2013). *La experiencia de la violencia: los desafíos del relato y la memoria*. Medellín: La Carreta Editores.
- Rodríguez Pizarro, Alba Nubia (2011). Entre la violencia, la no violencia y la construcción de poder. *Prospectiva* (15):23-47.
- Sánchez, Gonzalo, et al (1989). *Colombia: violencia y democracia. Comisión de estudios sobre la violencia*. Bogotá: Universidad Nacional-Colciencias.